



www.ijccr.org · ISSN: 1325-9547

Gómez, G. (2019). ¿Cómo funciona la pluralidad monetaria al nivel de los hogares? La división de tareas entre las divisas en la Argentina (1998 – 2005). *International Journal of Community Currency Research* 23(1), 71-82. <https://doi.org/10.15133/j.ijccr.2019.007>

This article is published under a *Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International* (CC BY-NC-SA): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0>



© The Author(s), 2019



International Journal of Community Currency Research

VOLUME 23 (WINTER) 71-82

¿CÓMO FUNCIONA LA PLURALIDAD MONETARIA AL NIVEL DE LOS HOGARES? LA DIVISIÓN DE TAREAS ENTRE LAS DIVISAS EN ARGENTINA (1998 – 2005)

Georgina M. Gómez

International Institute of Social Studies; Países Bajos; gomez@iss.nl

RESUMEN

La mayoría de las economías hoy en día operan sobre la base de una moneda por país. Este artículo explora de qué manera los agentes combinan diferentes monedas para la contabilidad, el intercambio, los pagos y el ahorro. Busca conceptualizar la noción de circuitos monetarios como relaciones institucionalizadas de una moneda, producto y categoría de agentes. Se basa en el caso de la Argentina cuando había cinco tipos de monedas circulando simultáneamente a nivel nacional, regional y local. Se estableció qué moneda se utilizó para qué fines. El artículo contribuye así a entender el concepto de "complementariedad del dinero" al nivel micro de los hogares y las empresas que trataron con múltiples monedas. Se argumenta que los usuarios de las monedas las mantienen separadas para comerciar en diferentes circuitos en los que participan, en lugar de incurrir en los costos de convertir una moneda en otra.

PALABRAS CLAVE

Circuitos de divisas; pluralidad monetaria; trueque; Argentina; hogares; instituciones.

1. INTRODUCCIÓN

El concepto de pluralidad monetaria se refiere a la coexistencia de esferas monetarias separadas en un territorio específico. Una esfera monetaria se define por una divisa que vincula a la moneda con diferentes usos y agentes. Las palabras claves en la definición son “el uso de la moneda” y este artículo se aproxima al término de pluralidad monetaria desde el punto de vista de los agentes que usan la moneda. Sin embargo, por simplicidad se agrupa los usos monetarios en cuatro funciones principales que la moneda desempeña: definición del valor con propósitos contables, intermediación de los intercambios, pagos de deudas y créditos, y reserva de la riqueza para su posterior uso.

La definición de pluralidad monetaria no asume que cada moneda puede desempeñar las cuatro funciones monetarias anteriormente descritas, aunque las combinaciones son posibles. Los agentes pueden usar una moneda para cancelar pagos, por ejemplo, y otra moneda para valores de reserva. Así mismo, es posible que dos o más monedas realicen alguna otra función y entonces los agentes podrían elegir una divisa para comprar un producto A y otra divisa para comprar un producto B. Otra posible combinación es usar una divisa para comprar un producto de un vendedor y otra divisa para comprar el mismo producto de otro vendedor, lo cual tiene sentido si los vendedores son también emisores de la moneda. Existe evidencia histórica de episodios de pluralidad monetaria en los cuales todas estas combinaciones de divisas, productos y agentes han sucedido (ejemplos en Engdahl y Ögren, 2008; Kuroda, 2007; Wolters, 2008).

Si bien hay diversas combinaciones de monedas, productos y agentes, estas relaciones tienden a ser notablemente estables. Sobre la base de la investigación de los siglos XVIII a principios del XX en China e India, Kuroda subraya esa estabilidad y acuña el término “circuito monetario” para abordar el constante “acoplamiento de una moneda particular y un comercio particular” concurrentes en el tiempo y el espacio pero que operan de manera autónoma y sin tasas de cambio estables (2008a, p. 21). El concepto de circuito monetario facilita una discusión sobre la organización de la pluralidad monetaria en relaciones estables de comercio y dinero. La estabilidad de las combinaciones que constituyen circuitos monetarios es consistente con la visión de Polanyi de la economía como proceso instituido (Polanyi, 1957). Las instituciones organizan, mantienen la pluralidad monetaria y permiten a los agentes operar con varias monedas.

Sin embargo, los tipos de agentes que participan en cada circuito son tan estables como las combinaciones de moneda y comercio. Un análisis de las formas en las cuales los agentes usan dinero bajo ciertas condiciones de pluralidad monetaria está aún pendiente, probablemente como resultado de la ausencia de ejemplos actuales viables para realizar un estudio de ese tipo. Este artículo intenta comprender de qué formas los agentes combinan monedas para usarlas en contabilidad, intercambio, pagos y ahorro. ¿De qué manera los agentes escogen qué monedas usar y para qué propósitos? ¿Hasta qué punto los agentes incurren en costos extra para intercambiar una moneda por otra y obtener los productos que necesitan?

A menos que los circuitos de monedas sean completamente autónomos, dos circuitos cualesquiera se cruzan en puntos como los agentes que cambian monedas, quienes usan un tipo de cambio para pasar de una moneda y generarse una ganancia. Los puntos de intersección entre dos circuitos de moneda cualquiera son instituciones que estructuran “interfaces” entre ellos. La propuesta en este artículo es que la pluralidad monetaria no necesariamente genera instituciones que mantienen separados los circuitos de moneda, con los consiguientes costos al pasar de una a la otra, sino que los usuarios de dinero separan los circuitos y sustentan una cierta división de tareas entre las monedas. En otras palabras, distintos tipos de agentes construyen en la práctica combinaciones específicas de monedas y las usa según sus necesidades minimizando los costos adicionales de intercambio. La pregunta que guía la investigación es cómo se institucionalizan los circuitos monetarios como relaciones estables que unen tipos de agentes, monedas y comercio.

Este estudio se basa en el caso de la Argentina entre los años 1998 y 2005 cuando los agentes económicos usaron varias monedas (Gómez, 2016; Gómez 2018). La investigación busca establecer qué monedas usaron para qué propósitos y sobre qué base se tomaron y se mantuvieron esas decisiones. Los datos fueron recolectados entre los hogares y los negocios pequeños que participaron en las Redes de Trueque. El uso de monedas privadas como los vales de descuento fue mínimo en este sector y fue excluido del análisis. La recolección de datos se realizó en 386 hogares a través de la aplicación de entrevistas semi-estructuradas que fueron realizadas cara a cara en los mer-

cados donde los participantes compraban y vendían sus productos. Los iniciadores del esquema de circuitos de monedas comunitarias fueron entrevistados a profundidad y de forma repetida, con el fin de poder reconstruir la evolución del proceso basado en historia oral. Así mismo, entrevistas extensivas fueron realizadas con expertos e investigadores académicos y se realizó una amplia investigación de escritorio obteniendo información proveniente de fuentes periodísticas e investigativas en el tema.

2. TRATANDO CON PLURALIDAD MONETARIA

Los períodos de pluralidad monetaria han sido ubicuos a lo largo de la historia tanto en el hemisferio occidental como el oriental. Esto es difícilmente noticia nueva. Sin embargo, los patrones de las formas en las cuales los agentes han cambiado las diversas monedas no han sido investigados como episodios de pluralidad monetaria, con foco en el dinero. Lo que se asume es que los agentes podrían elegir usar las monedas que tienen a diario en las manos y no como resultado de decisiones estables y prácticas institucionalizadas a nivel social. Esa visión del uso contingente de las monedas minimiza el significado de los vínculos entre monedas, agentes y usos.

Uno de los pocos intentos de estudiar la organización de la pluralidad monetaria es un artículo reciente de Jerome Blanc (2016), “Entendiendo la complementariedad monetaria y la competencia: un marco conceptual”. Como se indica en el título, el estudio ofrece principalmente una conceptualización teórica de cómo varias monedas se relacionan entre sí. Las monedas se mantienen en relaciones de competencia y complementariedad con otras monedas, dependiendo de si se pueden usar para tasar activos de manera intercambiable, si se pueden convertir unas en otras por medio de una tasa de cambio, si se pueden usar juntas y de si se pueden usar en las mismas o similares esferas monetarias. Las diferentes combinaciones de estas cuatro dimensiones permiten más posibilidades que simplemente afirmar que las monedas compiten o se complementan entre sí. El trabajo de Blanc no se centra en las decisiones de los agentes en contextos de pluralidad monetaria, sino en cómo las monedas se relacionan entre sí, dejando a los agentes y la dinámica fuera del análisis. Blanc (op. cit.) sostiene que las monedas pueden ser sustitutas (solo se puede usar una moneda a la vez y se la puede cambiar por otra), simultánea (se pueden usar varias monedas a la vez y la conversión es difícil o costosa), suplementaria (una moneda sirve para lo que otra moneda no hace completamente) o autónoma (son independientes). En la Figura 1 se presenta una posible representación de este análisis.

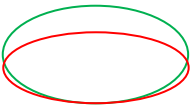

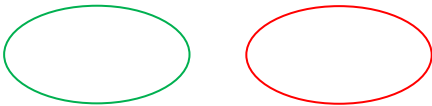
Circuito Monetario 1	Circuito Monetario 2	Monedas simultáneas (permiten combinaciones para un pago, como las monedas y los billetes)
		
Circuito Monetario 1	Circuito Monetario 2	Monedas suplementarias (permiten uso por separado o juntas según el pago)
		
Circuito Monetario 1	Circuito Monetario 2	Monedas autónomas (la posibilidad de conversión entre ellas las haría sustitutas)
		

Figura 1. Articulación entre circuitos monetarios complementarios. Interpretación propia basada en Blanc (2016)

Blanc (2016) contribuye al análisis de la pluralidad monetaria un marco para relacionar monedas distintas, y muestra que mientras algunas monedas compiten entre sí, otras se complementan. La pregunta es si en el largo plazo una moneda terminaría dominando y empujando a las otras a desaparecer. Blanc sugiere que eso sólo sucedería si existiera una sola moneda que pueda desempeñar todos los tipos de funciones en todo lugar y en todo momento. Una economía con dinero puramente endógeno y sin efectivo se aproximaría a esa situación, similar a la abstracción de Knut Wicksell (Arestis y Sawyer, 2006). En cualquier otra circunstancia, la pluralidad monetaria continuaría.

Más aún, desde un enfoque de economía sustantiva la pluralidad monetaria podría expandir las posibilidades de producción e intercambio a esas actividades que deja afuera el uso de una sola moneda. Algunos hallazgos preliminares en las Redes de Trueque en la Argentina fueron consistentes con ese análisis y permiten argumentar que la complementariedad de las monedas puede extender la producción y el intercambio. De esa manera, se pueden integrar a la economía sustantiva algunos recursos inactivos o que se pierden por no tener valor en el circuito de la moneda oficial (Gómez y Helmsing, 2008; Gómez, 2010).

Kuroda (2008a, 2008b) afirmó que ninguna moneda cumple con todas las funciones que los agentes económicos necesitan para realizar y sostiene que, en la mayoría de los casos, la coexistencia de las monedas no fue incidental sino que fue favorable al funcionamiento de la economía. Con una perspectiva histórica, Kuroda argumenta específicamente que, “una variedad de dinero podría hacer lo que otra variedad de dinero no podría y así suministrar lo que el mercado requería” (Kuroda, 2008b: 7). La implicación de este razonamiento es que en contextos de pluralidad monetaria surge una división de tareas entre las diversas monedas. Es decir, los agentes usan una moneda para un propósito y otra moneda para otro propósito.

¿Cómo se llega a esa situación? La noción de Kuroda de los circuitos monetarios destaca la propiedad de estabilidad con varias implicaciones. Eso nos permitiría avanzar el razonamiento en las siguientes direcciones. En primer lugar, se institucionaliza el uso de las monedas. La establecida definición de instituciones de Hodgson (2006, p.2) las conceptualiza como “sistemas de reglas socialmente integrados” que crean disposiciones para actuar de una determinada manera. Esas “disposiciones” se refieren a cursos de acción socialmente aceptados para diversas situaciones. Bajo condiciones de pluralidad monetaria, las instituciones indican que para cada tipo específico de comercio, ahorros y pagos hay una moneda particular que es aceptable de acuerdo con el contexto local. Las interacciones económicas entre los agentes se estructuran así a través de los usos de varias monedas y la consiguiente carga normativa para sustentar esos usos. La segunda implicación de la organización de la pluralidad monetaria en circuitos monetarios se refiere a su articulación. Si las monedas comparten parcialmente espacios y propósitos, como lo sugirió Blanc (2016), entonces habría puntos de interrelación que vinculan los diversos circuitos de divisas, como los tipos de cambio, los bancos de cambio, los cambistas y otros que estructuraron la interacción de agentes entre los distintos circuitos de divisas (Kuroda 2007; Boyer-Xambeau, Deleplace y Gillard, 1994). Finalmente, la institucionalización de los circuitos monetarios se refleja en las propiedades particulares de cada moneda para funcionar de manera independiente, en el sentido de que algunos agentes la otorgan y otros agentes la aceptan a cambio de bienes u otras monedas. En la siguiente sección exploraremos cómo se organizó la pluralidad monetaria en circuitos en el caso argentino y las formas en que surgió una división de tareas.

3. INFLACIÓN Y BIMONETARISMO EN LA ARGENTINA

En contraste con la mayoría de los países, en la Argentina el concepto de moneda es aceptado como una construcción social que los gobiernos han moldeado hacia sus objetivos políticos. Desde 1930, un menú amplio de políticas anti-inflacionarias ha sido probado con resultados bastante parciales, incluyendo cuatro cambios en las monedas nacionales que eliminaron dígitos y buscaron dotar de credibilidad a los esfuerzos políticos de bajar la tasa de inflación a un dígito. Igualmente existieron otros esfuerzos de controlar la oferta monetaria. Por ejemplo, en el invierno de 1962 el gobierno pagó parte de los salarios de sus funcionarios públicos en bonos y no en moneda oficial. Las cuentas fiscales estaban seriamente desajustadas y el gobierno quería evitar los efectos inflacionarios de generar moneda para cubrir el déficit (Cortes Conde, 2005). Estos bonos fueron mal aceptados por la mayoría de las tiendas y negocios, y los funcionarios públicos los gastaron tan pronto pudieron¹. En los años 80s algunas monedas provinciales fueron emitidas en dos provincias que no podían pagar los salarios de sus empleados públicos, por lo tanto imprimieron pequeñas cantidades de bonos provinciales para cubrir los gastos². De forma reacia, estos bonos fueron aceptados en dichos territorios y los titulares los hicieron efectivos tan pronto como fue posible (Schvarzer y Finkelstein, 2003). Los negocios se referían a la moneda provincial como “pan caliente” como una referencia al deseo de deshacerse de ella rápidamente. Bancos y entidades del sistema financiero fueron afectados

¹ Los bonos eran llamados Bonos 9 de julio. El Ministro de Economía, Álvaro Alzogaray, describió la aceptación de esta forma de pago como un “sacrificio patriótico” por parte de los empleados públicos.

² Las provincias fueron Jujuy y Tucumán, ambas pequeñas en términos de economía.

por décadas de políticas desesperadas para controlar la inflación. Por ejemplo, en 1989 los depósitos bancarios fueron confiscados e intercambiados por bonos del gobierno.

En definitiva, la tradición de inflación con manipulación monetaria y financiera generó una curiosa comprensión social de que la moneda es una cuestión de juicio social, así como de cambiante decisión política. Los argentinos raramente consideran su moneda nacional como una institución estable e intocable. La búsqueda de largo aliento por una divisa fuerte gradualmente llevó a los agentes a adoptar el dólar de los Estados Unidos como su segunda divisa. Inicialmente era solamente una reserva de valor pero los dólares gradualmente se fueron institucionalizando como una unidad de cuenta para denominar el valor de los precios y también como medio de pago. Los dólares eran usados inicialmente para expresar los precios de bienes mayores, tales como casas y automóviles, así como para estabilizar el valor de los contratos. Más tarde, los dólares fueron preferidos como medio de pago para esos bienes y servicios de mayor envergadura. El problema inflacionario se siguió agravando y alcanzó un pico de tres hiperinflaciones entre mayo de 1989 y finales de 1990, un periodo de menos de dos años. Como resultado, se convirtió en práctica corriente el pagar todos los bienes y servicios en pesos calculados a la tasa de cambio del precio del dólar anunciado cada hora. Finalmente, hubo un momento en el que los dólares se convirtieron en forma de pago aceptada por la mayoría de los actores privados.

Después de las tres hiperinflaciones, la prioridad política en 1990 fue “reconstruir” las instituciones monetarias regularizando la relación entre la población y el dinero, el sistema monetario y los derechos de propiedad definidos por la moneda (Cavallo, 1999). Domingo Cavallo, el ministro de Economía, impugnó la mirada en la que la fuente de inflación era la cantidad de moneda en la economía y se inspiró en la mirada de Friedrich Hayek (1978), según la cual era la calidad de la moneda era igualmente importante para determinar las preferencias monetarias de los agentes. Cavallo (1999) describe la teoría monetarista de la inflación como incompleta porque esta no presta atención a los aspectos institucionales de la moneda. La dolarización completa al nivel macro fue discutida dentro de los círculos de política, pero la idea no logró base firme (Fanelli y Heymann, 2002). En cambio, el gobierno optó por la consolidación de los dos sistemas de divisas monetarias recogidas en el Plan de Convertibilidad.

En marzo de 1991, el Congreso aprobó una ley que transformaba el banco central en una caja de conversión de divisas, ató la moneda argentina al dólar estadounidense a una tasa de 1 a 1 y permitió que todas las transacciones fueran realizadas en la divisa de preferencia (Fernández y Schumacher, 1998). La ley prohibió la indexación en contratos pero protegió la opción de denominar precios en dólares. Esto también se aplicó a los depósitos bancarios a cualquier término. Le dio al banco central autonomía y especificó el nivel de reservas en moneda extranjera que tendría que mantener, mientras determinó que el banco central ya no actuaría como el prestamista de última instancia del sistema bancario (ninguna otra institución fue designada para esa función). En la práctica, esto aseguró que el dinero nacional se emitiría de forma paralela a los ingresos de moneda extranjera. En enero de 1992, la moneda nacional pasó a ser el peso en paridad con el dólar. Las medidas fueron un atajo para la recuperación de la institución monetaria (Fanelli y Heymann, 2002). En lugar de combatirlo, el Plan de Convertibilidad se basó en la práctica de la pluralidad monetaria y logró lo que ningún otro plan de estabilización pudo hacer en el pasado en Argentina: la inflación desapareció durante una década y se restableció la credibilidad del peso, aunque a un alto costo.

El Plan de Convertibilidad formalizó así un sistema monetario compuesto por dos circuitos de divisas con una importante superposición entre sí, el cual fue denominado bimonetarismo. El origen se puede encontrar en la larga experiencia con inflación y el fallo de otros ensayos de política económica: los indicadores de precios cuentan una historia pasada de los incrementos de los precios mientras que la tasa de intercambio refleja los incrementos que suceden actualmente (Heymann, 2000). Otros autores lo describieron como la sustitución de una mala divisa (peso) por una buena (dólar) y lo denominaron como “Ley de Gresham a la inversa” (Guidotti y Rodríguez, 1992) porque cuando la inflación crecía, los agentes huían hacia las “buenas” divisas como el dólar para proteger el valor de sus pagos, bienes a la venta y ahorros. La incertidumbre sobre el futuro comprando valores en pesos impidió que los agentes vieran al peso como la unidad de cuenta natural de su país. La unidad natural de cuenta fue aquella que podía garantizar efectivamente el poder adquisitivo en el futuro, o sea el dólar.

En las palabras de Blanc (2016) se diría que la inflación gradualmente creó una complementariedad suplementaria de las dos monedas. La formalización legal a través del Plan de Convertibilidad extendió el segundo circuito de moneda para incluir los depósitos bancarios y algunos impuestos. Así la relación entre las dos monedas evolucio-

nó de ser sustitutas a complementariedad suplementaria, porque en teoría cualquier pago podía ser hecho con cualquier combinación de pesos y dólares sin obligación de convertir de una moneda a la otra.

4. AJUSTES ESTRUCTURALES Y CIRCUITOS MONETARIOS NO ESTATALES EN ARGENTINA

La formalización de un sistema bimonetario fue tan solo uno de los componentes del Plan de Convertibilidad. La reforma monetaria fue implementada junto con uno de los más ambiciosos programas de privatización en Latinoamérica, involucrando casi todas las empresas estatales, servicios públicos, el sistema de pensión, el servicio de salud y el sector bancario (Kosacoff, 1993). Los mercados se abrieron al comercio internacional, las regulaciones de inversión extranjera fueron relajadas y varios otros sectores fueron desregularizados. El producto interno bruto aumentó en un 27% entre 1991 y 1994 pero con una marcada heterogeneidad entre sectores: mientras el producto interno bruto industrial apenas creció, los servicios florecieron y con ellos parte de la clase media (Kosacoff y Heymann, 2000). Al mismo tiempo, las economías regionales basadas en agricultura y pequeñas empresas fueron particularmente golpeadas.

En 1995 una fuerte crisis económica golpeó la Argentina modernizada del experimento neoliberal. Esto causó significativos problemas en el balance de pagos y la paridad con el dólar casi colapsó pero fue salvado a costa de una recesión que alcanzó el cinco por ciento del producto bruto en 1995. Así mismo, la crisis financiera llevó a muchos argentinos a la nueva experiencia de no tener trabajo. La tasa de desempleo había estado alrededor del cinco por ciento en los 80s y fue creciendo como resultado de los cambios en el sector industrial, la reducción del Estado y las privatizaciones. En 1995, Argentina tuvo un record en la tasa de desempleo de 18,8 por ciento y se acuñó el término “hiperdesempleo”. Los salarios reales en 1995 cayeron a 68 por ciento de su nivel de 1986 y a 62 por ciento de su nivel de 1975. El costo social de las reformas estructurales fue ampliamente informado por los medios, los cuales revelaron bolsones de pobreza nunca antes vistos en la Argentina. La crisis indujo un momento de toma de conciencia y fue allí cuando el público en general se dio cuenta que las instituciones que estaban regulando la actividad económica y las relaciones entre el sector privado, el Estado y la sociedad civil habían cambiado permanentemente.

Por el lado positivo, hubo una parte de la sociedad argentina que floreció con la apertura de los mercados y la llegada de un buen número de corporaciones transnacionales en el sector servicios que introdujo tipos de moneda privada. Estos eran vales generados por compañías que los vendían a los empleadores, quienes a su vez se los daban a sus trabajadores como una parte o como extra de sus salarios. Estos vales permitían a los empleados comprar cenas en restaurantes y posteriormente, alimentos en supermercados y gasolina en la mayoría de las estaciones de servicio. Estos vales no eran considerados como parte del salario de acuerdo a las leyes laborales, por lo tanto se convirtieron en una opción más económica para los empleadores para premiar a sus trabajadores que con dinero regular. Los vales privados se superpusieron así con los pesos para comprar elementos de necesidad básica, pero no existió ningún segmento del mercado en que se hayan convertido en la moneda principal.

Por el lado negativo, la pobreza creció dramáticamente. Argentina había estado acostumbrada a bolsones de pobreza concentrada pero lo sorprendente en la década de 1990 fue que la pobreza se extendió segmentos más grandes de la población y se volvió mucho más visible. Un estudio inicial sobre las consecuencias sociales de las reformas estructurales acuñó el término “nuevos pobres” para describir los hogares que habían caído bajo la línea de pobreza en un país donde el 70 por ciento de la población se había declarado parte de la clase media (Minujin, 1993). Los nuevos pobres eran los tenderos, los funcionarios públicos de baja categoría, los trabajadores industriales semi-calificados, los obreros, los empleados bancarios, los maestros y los propietarios de pequeñas empresas. Muchos de los sectores en los que los estratos medios trabajaron habían sido objeto de las reformas estructurales y por lo tanto, se vieron abrumados por su privación de derechos. Los académicos definen a los nuevos pobres como aquellos en los que su situación depende de su estado anterior, nivel educativo, disponibilidad de ahorros y activos tales como su casa, capacidades personales y redes sociales (Lvovich, 2000; Minujin y Kessler, 1995; Murmis y Feldman, 1993). Sus necesidades básicas estructurales estaban cubiertas, pero con la drástica reducción de sus ingresos ya no podían costear su estilo de vida. Su red de contactos fue crucial para retrasar el declive, pero ellos ya no se tenían sentido de pertenencia con dicha red. Ellos entendían el mundo de manera diferente a la del pobre estructural y exigían respuestas del estado. Los nuevos pobres eran pobres con voz.

Algunos actores colectivos entonces aparecieron con la voluntad de reorganizar la vida social independientemente del estado, asegurando la representación a través de nuevos canales y promoviendo esquemas alternativos de generación de ingresos. Entre ellos se encontraban las Redes de Trueque, una creación de dos grupos de base que organizaron una red de intercambio local donde los participantes podían comprar y vender bienes y servicios propios usando un medio de pago que ellos mismos habían creado. Esta red fue lanzada a nivel local con 25 miembros el 1 de mayo de 1995, pero su reproducción en otros lugares fue extremadamente rápida. El éxito inicial y el potencial de este esquema para aliviar los problemas económicos de los vecinos marginados de la clase media hicieron que "quisieran difundirlo en todas partes" (Entrevista con un organizador en Bernal, 4 de agosto de 2004). Al principio, cada centro de intercambio local tenía su propia moneda comunitaria que no era convertible a pesos, pero después de un tiempo las monedas de una comunidad se aceptaron en otros grupos comunitarios. Finalmente, surgieron varios sistemas de monedas complementarias a nivel local, regional y nacional con medios de pago no oficial, abstractos, despersonalizados, desmaterializados y transferibles creados por organizaciones de la sociedad civil. Se los llamó genéricamente "créditos" y fueron la moneda que circuló en las denominadas Redes de Trueque.

Estaba claro desde el principio que el trueque tenía un fuerte sesgo de género y que al menos 70% de los participantes eran mujeres. Según otros investigadores (González Bombal, Leoni y Luzzi, 2002; Parysow y Bogani, 2002) las mujeres de clase media fueron las más afectadas por la caída en la pobreza, ya que les privó del acceso a los espacios públicos que estaban acostumbradas a visitar, y aceptaron rápidamente la propuesta del Trueque. Acostumbradas al trabajo no remunerado, las mujeres fueron las primeras en comprender que el Trueque ofrecía la satisfacción de sus necesidades sin la mediación de dinero oficial. El Trueque se relaciona directamente con la reproducción de la vida: "te llena el refrigerador, te pinta la casa, te consigue un plomero" (Entrevista con una participante en Billingham, provincia de Buenos Aires, 9 de noviembre de 2004).

A primera vista, parece una revolución para un grupo de la sociedad civil imprimir su propia moneda, pero en la Argentina no lo fue tanto. La creación del crédito representa una pequeña innovación en la práctica institucionalizada en la Argentina de usar varias monedas al mismo tiempo. Durante décadas, el país tuvo un sistema bimonetario en el que tanto pesos como dólares circularon juntos. Los créditos se agregaron como una nueva moneda creada por organizaciones de base para circular dentro de su red social. Eran una opción más en la lista de medios de pago disponibles. La creación de una moneda comunitaria habría sido ilegal o rechazada sin rodeos en otros países, pero en el caso argentino estaba dentro de las respuestas aceptables. La gente estaba acostumbrada a vivir con dos o tres monedas, entonces ¿por qué no cuatro o cinco? Como lo expresa Swanke (2004), una vez que la institución está en su lugar, los actores simplemente olvidan cómo se creó y la adoptan en su uso.

En términos de circuitos monetarios, el Trueque agregó una nueva relación estable entre monedas comunitarias específicas, sus participantes (agentes dispuestos a intercambiar sus bienes y servicios por créditos) y sus productos (reventa de bienes de segunda mano y productos artesanales de elaboración doméstica en pequeña escala).

5. CIRCUITOS MONETARIOS SUBNACIONALES EN ARGENTINA

El momento de la verdad para el modelo de desarrollo neoliberal de la Argentina llegó a fines de los años noventa. En 1999, el país sufrió otra recesión, ya más severa, que redujo 3,4 por ciento el PIB y a la cual se combatió con más desregulación y reformas estructurales. Un nuevo gobierno, formado por el partido de la oposición, asumió en diciembre de 1999 con toda su campaña basada en asegurarle al público que mantendría la relación del peso con el dólar y continuaría implementando el Plan de Convertibilidad. Desafortunadamente, pudo hacer poco para estimular el crecimiento económico y una de sus primeras medidas fue aumentar los impuestos para corregir el déficit fiscal. Los aumentos de impuestos llevaron a la economía argentina directamente a una trampa de recesión con mayores déficits presupuestarios y nuevos recortes en el gasto del gobierno (Harman, 2002). Fue el comienzo de la más larga y profunda retracción productiva de la historia argentina. La caída de la economía en cuatro años rozó el 20 por ciento del PIB entre 1998 y 2002 (Gerchunoff y Llach, 2005).

Los recortes fiscales se aplicaron en las provincias, algunas de las cuales históricamente tuvieron un alto empleo público y las protestas comenzaron allí (Pastor Jr. Y Wise, 1999). La combinación de déficits provinciales y la negativa del gobierno central llevaron a varios gobiernos subnacionales al borde del incumplimiento de sus deudas y atrasos con los proveedores. La provincia de Buenos Aires fue la primera en emitir un Bono Provincial de Emer-

gencia para evitar un incumplimiento general en sus pagos, y pronto los utilizó para cubrir parcialmente los pagos de salarios. La experiencia fue exitosa para aumentar la liquidez y reactivar la economía local deprimida de la provincia, lo que alentó a otras provincias a replicar la emisión de sus propias monedas provinciales o subnacionales (Gómez, 2016).

Las provincias argentinas ya habían emitido monedas subnacionales en los años ochenta y algunas provincias nunca habían dejado de usarlos, como Tucumán (Theret, 2018). La generación de monedas subnacionales de 2001 fue ligeramente diferente porque estaban diseñadas como una deuda obligatoria. Los billetes crearon una unidad de cuenta provincial para denominar valor. Al mismo tiempo, sirvieron como reserva de valor porque pagaron un interés cuando crecieron y como medio de pago para cancelar las deudas con los proveedores y las empresas de servicios públicos en los respectivos territorios. Al mismo tiempo, circularon como medio de intercambio porque los servidores públicos, por ejemplo, los utilizaban para comprar en tiendas y supermercados, que a su vez los utilizaban para pagar los impuestos locales y los salarios de sus trabajadores, entre otros intercambios.

Los billetes provinciales se denominaron genéricamente "cuasimonedas" y se institucionalizaron ya para fines de 2001 (Schvarzer y Finkelstein 2003). Según Álvarez y otros (2001), la emisión de monedas subnacionales alcanzó su punto máximo en septiembre de 2002, cuando representó 51,32% de la base monetaria. Álvarez y otros (2011) consideraron las monedas subnacionales como una medida "sin precedentes" porque los bonos provinciales formaron circuitos monetarios restringidos localmente de una escala que muchas veces excedía el valor de las transferencias de ingresos fiscales nacionales. Estaban restringidos a los territorios provinciales, por lo que los agentes que necesitaban hacer pagos fuera de la provincia tendrían que convertirlos a pesos o dólares. Sin embargo, muchos agentes económicos tratarían de gastar sus cuasi-monedas para cancelar los impuestos primero, los salarios en segundo lugar y solo si quedaba algo, se los convertía a pesos. Un gerente de un supermercado señaló que "en general, notamos que una gran parte de nuestros costos son locales. Además, si nos dábamos cuenta de que la moneda provincial no estaba circulando bien, hubiéramos dejado de aceptarla. Pero no había muchas opciones porque los clientes no siempre tenían otra moneda" (Entrevista con el gerente de un supermercado en San Martín, Provincia de Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004).

6. COMBINANDO DINERO Y TRANSACCIONES

A comienzos del milenio, muchos hogares argentinos utilizaban hasta cinco monedas: pesos, dólares, cuasi monedas provinciales, vales privados y créditos. Según lo discutido por Kuroda (2008a), las monedas cumplían las cuatro funciones principales del dinero en diferentes grados, en diferentes espacios y para diferentes grupos. Cada moneda hizo algo diferente y todas las monedas en conjunto lograron satisfacer las necesidades de todos los hogares, empresas, y niveles internos de gobierno.

En la definición de complementariedad de Blanc (2009), los dólares y los pesos circularon juntos y generalmente se los podía combinar en una transacción. Sin embargo, para ahorros y pagos más grandes como bienes de capital y viviendas, el dólar era la moneda preferida, mientras que el peso era la única moneda utilizada para pagar impuestos y deudas con el Estado. Las necesidades básicas se podían comprar en vales privados o en pesos en supermercados y tiendas regulares, pero solamente en créditos dentro de las Redes de Trueque y con una combinación de créditos y pesos cuando se realizaban intercambios con las pequeñas tiendas que aceptaron créditos.

Si las monedas se organizan en una jerarquía según el nivel de estabilidad percibido por el público, los dólares estarían en la parte superior porque también se utilizaron como reserva de valor, que era una función que las otras monedas desempeñaban de manera deficiente. Los dólares son emitidos por el gobierno de la economía más grande del mundo, mientras los créditos fueron emitidos por organizaciones de base locales sin ninguna garantía real o legal. En el medio, los pesos fueron emitidos por el gobierno argentino y protegidos por la Constitución, independientemente de cuán poco creíble era el estado en ese momento. Las monedas provinciales fueron impresas por gobiernos subnacionales que también podía reclamar legalidad en la constitución provincial y estaban respaldadas por las transferencias del gobierno central a los gobiernos provinciales. Los vales privados fueron distribuidos por grandes corporaciones transnacionales y tenían una validez de un año, un período durante el cual los emisores eran considerados confiables.

El trabajo de campo encuestó a hogares y pequeñas empresas que participaron en las Redes de Trueque con el fin de obtener una idea completa de los usos de las diferentes monedas disponibles. En la Tabla 1 a continuación se muestra un resumen de qué intercambio usaría cada hogar para pagar por los bienes y servicios. A nivel de los hogares, la moneda preferida era la que podía comprar la mayor diversidad de bienes y servicios en su propia canasta de necesidades. La función de reserva de valor no siempre se percibió como crucial porque la mayoría de los hogares entrevistados no ahorraban. Además, los hogares tenían que contrastar el uso de las distintas monedas con su accesibilidad a ellas. La que probablemente era socialmente preferida (dólares) también era la más difícil de obtener. En contraste, los créditos eran el dinero que los sectores pobres podían acceder de la manera más fácil, mientras que el dólar era inalcanzable y, por lo tanto, de baja relevancia en las actividades económicas diarias. Los créditos sostenían el circuito monetario más pequeño en términos de alcance geográfico y temporal porque su uso estaba limitado al número de personas y productos de la comunidad de intercambio, pero también eran los más fáciles de obtener y, en consecuencia, se volvieron los más relevantes. Además, la preferencia de los usuarios por ellos está relacionada con sus necesidades de consumo. Un porcentaje muy alto de las necesidades diarias de los hogares de bajos ingresos podía satisfacerse usando créditos. Por lo tanto, los hogares evaluaban sus flujos de ingresos y gastos en distintas monedas. La convertibilidad o no entre los diferentes tipos de dinero era secundaria, así como la articulación entre las diferentes monedas. El factor de accesibilidad debe ser considerado entre los determinantes de la calidad del dinero.

La experiencia argentina sustenta el análisis de Kuroda de que ninguna de las monedas disponibles, al menos en la Argentina en ese momento, fue capaz de satisfacer todas las necesidades de todos los hogares. Cada una de ellas era aceptable para pagar los bienes y servicios que otros no podían, aunque hubo algunas superposiciones. Incluso el dinero de mayor aceptación, el dólar, no era válido para pagar impuestos y otras transferencias al sector público. En el caso de la Argentina, hicieron falta cinco tipos de monedas complementarias para nutrir el mercado fragmentado en términos de bienes y servicios, por un lado, y los distintos grupos de agentes, por el otro. Un gran número de hogares y pequeñas empresas pasaron la peor crisis de la historia argentina precisamente porque tuvieron acceso a varias monedas, lo que les permitió participar en varios circuitos monetarios al mismo tiempo, y así diversificar sus ingresos y sus gastos. Por lo tanto, la complementariedad del dinero significaba que los hogares y las pequeñas empresas decidían las combinaciones entre las monedas y sus usos.

Tabla 1: ¿Qué moneda para cuál uso? HOGARES

	Circuitos monetarios y gastos de los hogares	Dólares	Pesos	Cuasi monedas	Vales privados	Créditos
1	Comercio internacional	√				
2	Ahorros	√	A veces			
3	Impuestos y renta	A veces	√	Locales		
4	Grandes compras (casas, carros, electrodomésticos, máquinas)	√	√			
5	Servicios públicos (electricidad, agua, transporte)		√	Locales		
6	Gasolina	√	√	A veces	√	
7	Alimentos preparados		√	√	√	√

8	Otras compras (ropa, pequeños electrónicos, juguetes)	A veces	√	√	√	√
9	Servicios personales (atención médica, mantenimiento del hogar, cuidado personal)		√	√		√
10	Necesidades diarias		√	√	√	√

7. CONCLUSIÓN

Este artículo trata de comprender de qué manera los agentes combinan las monedas para usarlas para contabilidad, intercambio, pagos y ahorro. La pregunta principal que guía la investigación es en qué forma los circuitos monetarios se institucionalizan como relaciones estables que vinculan a agentes, monedas e intercambios.

Siguiendo la argumentación de Blanc de llevar más allá el enfoque de la competencia entre monedas (2016), el caso argentino sugiere que la competencia solo es evidente cuando la moneda se evalúa en términos de sus cuatro funciones al mismo tiempo y en el mismo punto. Existe una fuerte preferencia por la moneda más segura para denominar ahorros o grandes inversiones, lo cual define un circuito monetario. Sin embargo, cuando el dinero se utiliza principalmente como medio de pago y como medio de intercambio para las necesidades diarias, los hogares utilizan la moneda que pueden obtener de la manera más fácil y que se relaciona de manera más cercana a sus necesidades cotidianas de consumo. Por lo tanto, perciben que la moneda de mayor calidad es la que pueden utilizar para obtener la mayor diversidad de bienes y servicios que ellos consumen en su propia canasta de necesidades.

Esto implica que los hogares que consumían principalmente necesidades básicas podían vivir casi exclusivamente con dinero provincial o comunitario. No es sorprendente, entonces, que los segmentos de hogares más pobres pudieron sobrevivir a la mayor crisis de la historia argentina participando en las Redes de Trueque y con mínimo apoyo del estado (Gómez, 2010). Las monedas, para los hogares, son mayormente complementarias y no hay necesidad de conversión. Los circuitos se intersectan al nivel de los hogares y pequeñas empresas que utilizan las distintas monedas sin necesidad de cambiarlas, lo cual implica costos adicionales.

El uso de las monedas está fragmentado en relación con la estratificación social. Sin embargo, eso es solo una parte de la historia, porque los hogares tienen acceso a diferentes monedas al mismo tiempo y todavía tienen que elegir cuál usar para obtener los bienes y servicios que necesitan. Así que el mercado no está realmente, fragmentado, como sugiere Kuroda (2008), porque algunos productos se pueden obtener con múltiples monedas y algunos hogares también tienen múltiples monedas. Hay diferentes "capas" o "circuitos monetarios", pero no porque sirven a diferentes usuarios, y que a menudo se asume que hay monedas para los pobres y monedas para los ricos. Tampoco se ha encontrado evidencia que respalde la opinión de que cuando los usuarios tienen acceso a diferentes monedas, convierten de una a otra para facilitar los intercambios. La experiencia argentina sugiere que hay puntos significativos de intersección entre los circuitos monetarios, que es su uso directo. Los hogares reducen los costos de transacción de tener múltiples monedas al evitar el pago de esos costos. Los hogares aprenden a combinar monedas con bienes y espacios de intercambio y eventualmente construyen circuitos monetarios como parte de su vida económica. Por ese motivo, la articulación de los circuitos monetarios es necesariamente dinámica y evoluciona a través del tiempo, como todas las instituciones económicas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arestis P and Sawyer MC. (2006) A handbook of alternative monetary economics, Cheltenham: Edward Elgar Publishing.

Blanc J. (2016) Unpacking monetary complementarity and competition: a conceptual framework. Cambridge Journal of Economics 41: 239--257.

Boyer-Xambeu, M. G. Deleplace, et al. (1994). *Private money and public currencies: The sixteenth century challenge*. London, Sharpe.

Cavallo, D. (1999). *The quality of money*, Document prepared for the Award Ceremony of the Doctorate Honoris Causa University of Paris 1- Pantheon Sorbonne, published in ASAP (Asociación Argentina de Presupuesto y Administración Financiera Pública) N°33, Buenos Aires, junio 1999 and *Économie Internationale - La revue du CEPII*, La qualité de la monnaie, N° 80, 4° Trimestre. Paris.

Chelala, S. (2002). *Las Terceras monedas*. Buenos Aires.

Cortes Conde, R. (2005). *La economía política de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa.

Engdahl T., and Ögren AO. (2008). Multiple paper monies in Sweden 1789-1903: substitution or complementarity? *Financial History Review* 15: 73-91.

Fanelli, J. M., & Heymann, D. (2002). Dilemas monetarios en Argentina. *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), 42(165), 3-24.

Gerchunoff, G., & Llach, L. (2005). *El ciclo de la ilusión y el desencanto; un siglo de políticas económicas argentinas* (2nd ed.). Buenos Aires: Ariel.

González Bombal, I., Leoni, F., & Luzzi, M. (2002). *Nuevas redes sociales: los clubes de trueque*, Conference Respuestas de la Sociedad Civil a la Emergencia Social: Brasil y Argentina Comparten Experiencias. Buenos Aires: CEDES - UNGS.

Guidotti, P., & Rodríguez, C. (1992). Dollarization in Latin America: Gresham's law in reverse? *IMF Staff Papers*, 239, 518-544.

Harman, C. (2002). Argentina: Rebellion at the sharp end of the world crisis. *International Socialism*, 94, 3-48.

Hayek, F.A. (1978) *Denationalisation of Money*, 2nd Ed. London: Institute of Economic Affairs

Heymann, D. (2000). Políticas de reforma y comportamiento macroeconómico. In B. Kosacoff & D. Heymann (Eds.), *La Argentina de los noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas* (Vol. 1). Buenos Aires: EUDEBA and CEPAL Naciones Unidas.

Kosacoff, B. (1993). *El desafío de la competitividad*. Buenos Aires: CEPAL-Alianza.

Kosacoff, B., & Heymann, D. (2000). *La Argentina de los noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas* (Vol. 1). Buenos Aires: EUDEBA and CEPAL Naciones Unidas.

Kuroda, A. (2007), The Maria Theresa dollar in the early twentieth-century Red Sea region: a complementary interface between multiple markets', *Financial History Review*, 14. 1 89-110

Kuroda A. (2008a) Concurrent but non-integrable currency circuits: complementary relationships among monies in modern China and other regions. *Financial History Review* 15: 17-36.

Kuroda A. (2008b) What is the complementarity among monies? An introductory note. *Financial History Review* 15: 7-15.

Lvovich, D. (2000). Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires. In M. Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (pp. 51-80). Buenos Aires: UNGS and Biblos.

Minujin, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.

Murmis, M., & Feldman, S. (1993). La heterogeneidad social de las pobreza. In A. Minujin (Ed.), *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina* (2nd. ed., pp. 45-92). Buenos Aires: Losada and UNICEF.

Palomino, H., & Schvarzer, J. (1996, May). El mercado de trabajo en la Argentina: del pleno empleo al colapso Encrucijadas. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2, 8-17.

Pastor Jr., M. y Wise, C. (1999). Stabilisation and its discontents: Argentina's economic restructuring in the 1990. *World Development* 27(3), 477-503.

Schvarzer, J., & Finkelstein, H. (2003). Análisis - Bonos, cuasi monedas y política económica. *Revista Realidad Económica*, IADE (Buenos Aires) (193).

Wolters, W. (2008). Heavy and light money in the Netherlands Indies and the Dutch Republic: dilemmas of monetary management with unit of account systems. *Financial History Review*, 15, pp 37-53